

RAÚL SILVA CASTRO

ROMANTICISMO Y LITERATURA
CHILENA

HA VENIDO generalizándose en los estudios de literatura hispano-americana más difundidos en las instituciones pedagógicas de los Estados Unidos y de otras naciones, el hábito de prescindir de las letras chilenas. Es verdad que se trata, y a veces con cordial estimación, de Gabriela Mistral, y que en tales y cuales estudios aparecen mencionados Eduardo Barrios, Pablo Neruda y algunos autores más; pero también suele llamar la atención el hecho de que se considere con detenimiento y esmero a escritores hispano-americanos de segundo orden, y a los de idéntica categoría que pudiera ofrecer la literatura chilena se les mencione sólo de paso, en globo, y con tal vaguedad de rasgos, que todo lleva a sentir que no han sido estudiados. ¿Qué sucede? No pretendemos saberlo, ya que fenómenos culturales de esta índole son sumamente complejos y deben ser analizados por toda una generación de estudiosos; pero sí pretendemos señalar la ocurrencia de éste que podríamos llamar menosprecio de los valores literarios surgidos en Chile, en una obra de relevante erudición, *El Romanticismo en la América Hispana* (Editorial Gredos, Madrid, 1958).

El autor de este trabajo, que cubre no menos de quinientas páginas de texto, es don Emilio Carilla, erudito argentino conocido ya por estudios anteriores en la misma especialidad, esto es, crítica e historia literaria. El señor Carilla dedica su obra a la memoria de Pedro Henríquez Ureña, que siendo su profesor en el Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires le alentó para llevar a cabo la investigación preliminar. Y debe señalarse, en el acto, que ésta es prolijísima: el señor Carilla ha leído mucho; por lo que aquí se ve tomó nota de lo leído, ha

comparado y pesado testimonios de terceros, y uniendo cabos sueltos por aquí y por allá, ha logrado formar una complicada taracea de opiniones sobre lo que fue el Romanticismo en los países americanos de lengua española. En esta labor no falta información sobre las polémicas que Sarmiento desencadenó en Chile, donde hubo frecuente mención del Romanticismo, ni citas de opiniones de autores chilenos; pero cuando llega la hora de estudiar a los románticos representativos, por decir así, el nombre de Chile se olvida y desaparece. Cabría avanzar que en esta parte de su estudio el señor Carilla no dispuso de antecedentes para apoyar sus juicios, y en consecuencia se abstuvo de juzgar; pero esto va a ser considerado en otra sección de nuestras observaciones, a la cual no hemos llegado, y debemos proceder con orden.

El hecho es que el señor Carilla habla de tres generaciones románticas y que dentro de la primera inscribe los siguientes nombres (p. 366) :

- José Antonio Maitín, 1804-1874.
- Esteban Echeverría, 1805-1851.
- Fermín Toro, 1807-1865.
- Hilario Ascasubi, 1807-1875.
- Plácido, 1809-1944.
- Juan María Gutiérrez, 1809-1878.
- Rafael María Baralt, 1810-1860.
- Domingo Faustino Sarmiento, 1811-1888.
- Juan Vicente González, 1811-1866.
- José Joaquín Ortiz, 1814-1892.
- Vicente Fidel López, 1815-1903.
- Francisco Javier Foxá, 1816-1865.
- Julio Arboleda, 1817-1861.
- José Victorino Lastarria, 1817-1888.
- José Eusebio Caro, 1817-1853.
- José Mármol, 1817-1871.
- Guillermo Prieto, 1818-1897.
- Ignacio Ramírez, 1818-1879.
- José Heriberto García de Quevedo, 1819-1871.
- Francisco Bilbao, 1823-1865.
- Gregorio Gutiérrez González, 1826-1872.

Precisar la distribución geográfica de estos nombres nos llevaría demasiado lejos, de modo que nos limitaremos a intentar sólo dos alcances. El primero consiste en señalar que para el crítico

en Chile se presentan sólo dos escritores románticos dentro de la primera generación, y los dos, por lo demás, prosistas: Lastarria y Bilbao. El segundo consiste en decir que, en cambio, de la República Argentina surgen nada menos que seis escritores románticos, tanto prosistas como poetas. Si los números tuviesen en literatura un valor decisivo, no cabe duda que el romanticismo sería argentino, por lo menos en esta primera parte de su desarrollo.

En seguida el señor Carilla enumera los autores de la segunda generación romántica, y allí leemos (p. 367) :

Carlos Guido Spano, 1827-1918.
Juan Montalvo, 1832-1889.
Juan León Mera, 1832-1894.
Juan Clemente Zenea, 1832-1871.
Numa Pompilio Llona, 1832-1907.
Ricardo Palma, 1833-1919.
Rafael Pombo, 1833-1912.
Ignacio Manuel Altamirano, 1834-1893.
Manuel de Jesús Galván, 1834-1910.
José Hernández, 1834-1886.
Ricardo Gutiérrez, 1836-1896.
Lucio V. Mansilla, 1837-1913.
Jorge Isaacs, 1837-1896.
Olegario V. Andrade, 1839-1882.
Eugenio María de Hostos, 1839-1903.
José Peón y Contreras, 1843-1907.
José Joaquín Pérez, 1845-1900.

A riesgo de repetirse habrá que decir, otra vez, que en esta segunda generación romántica para el señor Carilla no existe ningún escritor chileno digno de mención; y que, como siempre, los argentinos están generosamente representados con cinco autores, desde Guido Spano hasta Andrade.

Finalmente, cuando llega el momento de dar cuenta de la tercera, y última generación romántica, el señor Carilla nos ofrece los siguientes nombres (p. 368) :

Juan Antonio Pérez Bonalde, 1846-1892.
Manuel González Prada, 1848-1918.
Justo Sierra, 1848-1912.
Enrique José Varona, 1849-1933.

Juan Zorrilla de San Martín, 1857-1931.
 Manuel José Othón, 1858-1906.
 Gastón Fernando Deligne, 1861-1913.
 Almafuerte, 1854-1917.
 Luis G. Urbina, 1868-1934.

Ahora, tal como en la nómina anterior, no se menciona a ningún escritor chileno; pero es equitativo anotar que de los argentinos figura sólo uno, Almafuerte, tal vez porque la lista misma es mucho más reducida que las anteriores.

Con estas nóminas a la vista y teniendo en cuenta las implicaciones cronológicas que ellas comportan, cabe preguntarse si la mención de romántico puede aplicarse indistintamente a todos los escritores que nacieron dentro de un determinado espacio de tiempo. Si es así, todos los nacidos de 1804 a 1826 formarían en la primera generación romántica; en la segunda caerían los que surgieron a la vida de 1827 a 1845, y en la tercera y final, los de entre 1846 y 1868. Y si es así, nosotros pediríamos la incorporación de algunos de entre los siguientes escritores chilenos, que serían románticos por el mero hecho de su nacimiento en los años que para cada caso se indican:

Mercedes Marín de Solar, 1804-66.
 Ventura Marín, 1806-77.
 Salvador Sanfuentes, 1817-60.
 Hermógenes de Irisarri, 1819-86.
 Manuel Blanco Cuartín, 1822-90.
 Floridor Rojas, 1822-91.
 Juan Bello, 1825-60.
 Manuel Antonio Matta, 1826-92.
 Eusebio Lillo, 1826-1910.
 José Antonio Torres, 1828-64.
 Luis Román, 1828-97.
 Guillermo Matta, 1829-99.
 Guillermo Blest Gana, 1829-1905.
 Valentín Magallanes, 1831-82.
 Rafael Santos, 1833-70.
 Policarpo Munizaga Varela, 1833-90.
 Rosario Orrego de Uribe, 1834-79.
 Adolfo Valderrama, 1834-1902.
 Martín José Lira, 1835-67.
 Domingo Arteaga Alemparte, 1835-80.

Isidoro Errázuriz, 1835-98.
Amelia Solar de Claro, 1836-1915.
Benjamín Vicuña Solar, 1837-97.
Luis Rodríguez Velasco, 1838-1919.
Eduardo de la Barra, 1839-1900.
Zorobabel Rodríguez, 1839-1901.
Carlos Walker Martínez, 1842-1905.
José Antonio Soffia, 1843-86.
Enrique del Solar, 1844-93.
Esteban Muñoz Donoso, 1844-1907.
Manuel Antonio Hurtado, 1845-1902.
Carlos Morla Vicuña, 1846-1901.
Víctor Torres Arce, 1847-83.
Rosendo Carrasco y Jelves, 1847-1906.
Francisco A. Subercaseaux, 1847-1910.
Rodolfo Vergara Antúnez, 1847-1914.
Juan Rafael Allende, 1848-1909.
Luis Montt, 1848-1909.
Guillermo Puelma Tupper, 1851-95.
Javier Vial Solar, 1852-1935.
Pablo Garriga, 1853-93.
Pedro Nolasco Préndez, 1853-1906.
Adolfo Quirós, 1853-1910.
Manuel Antonio Guerra, 1855-94.
Francisco Concha Castillo, 1855-1927.
Guillermo Jünemann, 1855-1938.
Nicolasa Marambio de Montt, 1857-1924.
Bernardo Solar Avaria, 1858-1929.
Domingo Antonio Izquierdo, 1859-86.
Fermín Solar Avaria, 1859-96.
Roberto Lagos, 1860-1928.
Luis Barros Méndez, 1861-1908.
Leonardo Eliz, 1861-1939.
Narciso Tondreau, 1861-1949.
Pedro Antonio González, 1863-1903.
Juan José Julio y Elizalde, 1863-1934.
Julio Vicuña Cifuentes, 1865-1936.
Ricardo Fernández Montalva, 1866-99.
Roberto Huneeus Gana, 1867-1929.
Augusto Winter, 1868-1927.
Gustavo Valledor Sánchez, 1868-1930.
Egidio Poblete, 1868-1940.

Todos los autores mencionados produjeron principalmente versos, si bien, en ciertos casos, abarcaron con alguna fortuna asimismo la prosa. En esta última forma, también considerando el logro predominante en cada caso, se distinguieron los siguientes autores:

- José Zapiola, 1804-85.
Vicente Pérez Rosales, 1807-86.
Carlos Bello, 1815-54.
José Victorino Lastarria, 1817-88.
Martín Palma, 1821-84.
Wenceslao Vial Guzmán, 1822-64.
Francisco Bilbao, 1823-65.
Manuel Bilbao, 1829-95.
Alberto Blest Gana, 1830-1920.
Justo Arteaga Alemparte, 1834-82.
Daniel Barros Grez, 1834-1904.
José María Torres Arce, 1852-87.
Moisés Vargas, 1843-98.
Ramón Pacheco, 1845-88.
Vicente Grez, 1847-1909.
Rómulo Mandiola, 1848-81.
Rafael Egaña, 1851-1923.
Borja Orihuela Grez, 1854-91.
Arturo Givovich, 1855-1905.
Daniel Riquelme, 1857-1912.
Pedro Nolasco Cruz, 1857-1939.
Pedro Pablo Figueroa, 1857-1909.
Senén Palacios, 1858-1927.
Alberto del Solar, 1859-1921.
Eduardo Poirier, 1860-1931.
Emilio Vaisse, 1860-1935.
Enrique Montt, 1861-1913.
Ricardo Cruz Coke, 1861-1920.
Anselmo Blanlot Holley, 1861-1920.
Luis Adán Molina, 1861-1952.
Carlos Luis Hübner, 1862-1911.
Francisco Hederra Concha, 1863-1944.
María Mercedes Vial de Ugarte, 1863-1942.
José Martínez Cuadra, 1864-96.
Alejandro Silva de la Fuente, 1865-1956.

Jorge Huneeus Gana, 1866-1926.
Luis Orrego Luco, 1866-1948.
Baldomero Lillo, 1867-1923.
Felipe Aparicio Sarabia, 1867-1945.
María Luisa Fernández de García Huidobro, 1868-1938.
Pedro Balmaceda Toro, 1868-89.
Federico Gana, 1868-1926.

A estas alturas, el lector tiene derecho a preguntarse, entre otras cosas, dos de mayor cuantía: ¿Es verdad que en las letras chilenas se han dado tantos escritores precisamente en el período que llaman romántico los historiadores de la literatura? ¿Dónde encontrar informaciones sobre tales individuos, muchos de cuyos nombres son muy poco familiares, sin duda, a quienes estudian el fenómeno literario hispanoamericano?

A la primera pregunta. Es verdad. Hemos partido del supuesto de que el Romanticismo es un hecho meramente cronológico, que agrupa escritores nacidos desde 1804 y hasta 1868; y en consecuencia, ajustándonos en todo al criterio de la sucesión temporal, hemos formado esas nóminas de escritores cuyo acervo constituye, con otros que han venido más adelante, la entidad llamada Literatura Chilena. Por lo demás, no hemos mencionado estrictamente a "todos" cuantos podrían recibir en Chile el título de escritores, de los nacidos entre las fechas mencionadas, sino sólo a quienes alcanzaron en sus días, en Chile y aun fuera de sus límites geográficos, alguna notoriedad. El que no la hayan conservado todos después y hasta hoy, es fenómeno que no cabe considerar ahora.

A la segunda pregunta. En las historias de la literatura chilena, entendiéndolo que por diversos motivos algunos autores aparecen citados en una o en dos y no en todas; pero ofenderíamos la conciencia profesional de los investigadores que nos leen si hiciéramos alguna reserva a este propósito. De todas las literaturas que en el mundo han sido podría hacerse una observación similar, y en definitiva deben consultarse todos los textos para estar seguros de lo que es, nominativamente hablando, una literatura nacional. Nosotros, por nuestra cuenta, hemos publicado un *Panorama Literario de Chile* (Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1961), donde aparecen considerados todos esos escritores, más algunos otros que hemos omitido ahora en obsequio a la brevedad de este trabajo.

Al acucioso lector puede, a todo esto, ocurrírsele que no todos

los autores mencionados hayan sido propiamente románticos, si bien aparecen en una época en la cual, según puede suponerse, los escritores nacían románticos por excelencia. Somos los primeros en concederle; pero esto nos llevaría a exigir, tanto al señor Carilla como a otros estudiosos del tema, que nos precisen qué entienden por romántico, y una vez hecho esto, podríamos aplicar el cartabón a los autores chilenos agrupados en las nóminas anteriores, para ver quiénes calzan. Los que no calzan con la medida, se quedan fuera. Pero inmediatamente a uno se le ofrece una duda de relevante importancia: ¿Y cuál es la nota por la que el ser romántico haya de constituir un grado de preeminencia? Dicho de otra suerte, ¿por qué suprimiré en mis nóminas a Juan, que no parece romántico, pero que fue excelente escritor, si dejo en cambio a Santiago, pésimo escritor a todas luces, pero tocado de algunos ribetes de romántico? En la duda, yo, por ejemplo, sin pretender que nadie me siga, en mi *Panorama Literario de Chile*, ya citado, suprimí totalmente el epíteto de romántico si se trataba de caracterizar con él a un escritor chileno determinado, y no hablé jamás del Romanticismo, salvo cuando era preciso citar o repetir palabras de terceros. Y es que, por principio, no acepto que se dé preferencia en el estudio de las letras chilenas a los escritores que cumplen requisitos formulados o establecidos fuera, y me parece por el momento preferible estudiarlos a todos y pesarlos a todos, a ver de la comparación quiénes van a ser los culminantes.

Con esto nos hemos acercado sensiblemente a la otra cara de la medalla, es decir, que el Romanticismo no sea cosa de cronología sino designación que afecta a las funciones intrínsecas del escritor, el cual, si es romántico, cumple determinadas tareas en cierta forma característica, mientras, si no lo es, cumple otras tareas y las desempeña en diversa forma. La posición romántica considerada como actitud permanente del espíritu humano en el juzgamiento de las cosas del mundo, no estaría sujeta a marcos cronológicos y se distribuiría más o menos armónicamente sobre todas las centurias históricas. Pero en este caso, asimismo, hablar de tres generaciones románticas, como dice el señor Carilla, es una cosa sin sentido, pues todos los días existe la posibilidad de que nazcan nuevos escritores románticos, hasta la consumación de los siglos. Tal como presenta las cosas el señor Carilla, se sugiere que él entiende que el Romanticismo comenzó en las letras hispanoamericanas en una fecha más o menos precisa y dejó de existir, pasados algunos años, para no volver a presentarse nunca

más. Tal es el sentido, consideradas las cosas por todo lo alto, de las tres generaciones o grupos románticos a que se refieren las nóminas transcritas al comienzo de este artículo.

Por la ausencia de un índice de nombres citados, no es fácil tampoco seguir en el libro del señor Carilla las menciones nominales que pudieran interesarnos para absolver los problemas que dejamos planteados. Repasando sus páginas, podemos sí consignar algunos datos útiles.

Cita el señor Carilla (p. 220) entre los autores de sonetos a los siguientes chilenos: Guillermo Blest Gana, Mercedes Marín de Solar, Martín José Lira y Eusebio Lillo, escritores los cuatro a quienes, en cambio, no mencionará cuando llegue el caso de referir nominalmente a los románticos. Menciona también como autores de novelas (p. 310) a los siguientes chilenos: José Victorino Lastarria, Manuel Bilbao, Alberto Blest Gana, Vicente Grez, Daniel Barros Grez, Torres, y autoriza esta cita con mención de mi *Panorama de la Novela Chilena* (México, 1955), aunque sin señalar las páginas en que puede seguirse la obra de tales autores, con lo cual la indicación de Torres queda un poco en el aire. Sobre Blest Gana, en la misma página, acota: "De todos éstos, se destacan, sobre todo, Altamirano y Alberto Blest Gana (este último, con desbordes sobre una ceñida filiación romántica)." Si se nos permite comentar estas palabras, podemos suponer que en el juicio del señor Carilla, Blest Gana sería romántico si bien su obra tendería a salirse del marco de la escuela para abarcar otras inclinaciones. Sobre el mismo autor veremos algo más (p. 320): "En Hispanoamérica, novelas como el *Martín Rivas* (1862), de Alberto Blest Gana, novela entre social y costumbrista, puede entroncar con este tipo de obras" (las del romanticismo social, que para el crítico se da sobre todo en George Sand). Y en nota añade: "Alberto Blest Gana ofrece un perfil que no se identifica con el de los típicos novelistas románticos, aunque no puede negarse la significación que elementos románticos tienen, sobre todo, en las novelas de su primera época (*La aritmética en el amor, Martín Rivas, El ideal de un calavera*)". Finalmente, otra mención nominal de escritores chilenos llama nuestra atención. Trata el autor de la poesía becqueriana, y señala (p. 404): "En Chile: Vicente Grez (*Ráfagas*), Francisco Concha Castillo." Se nos permitirá decir, al paso, que esta última mención es de las menos afortunadas que haya podido hacer el señor Carilla en su obra, ya que la producción lírica de Concha Castillo nada tiene de becqueriano, hecho tanto más digno

de nota cuanto que este poeta floreció en una época durante la cual en Chile se cultivaba mucho la moda becqueriana, como lo prueba el Certamen Varela convocado en 1887, época en que Concha Castillo contaba ya treinta y dos años de edad. Pues bien: Concha Castillo, según parece, no se presentó al certamen.

La verdad es que a las veces podemos divisar al señor Carilla mostrando cierto escepticismo acerca de la composición de listas y de las clasificaciones que ha ensayado en su libro. Una vez, por ejemplo, dice: "Volviendo a las novelas aquí agrupadas, es posible que el demonio de las clasificaciones nos señale la duda sobre algunas de las que incluimos" (p. 318); y otra, cuando ya finaliza su trabajo: "Listas de este tipo son siempre vagas y discutibles; el rigor aconseja, por lo menos, que sean reducidas" (p. 503). Pero fuera de ello, el autor a cada paso arma nóminas que parecen concluyentes. El lector del libro debería, pues, esmerar mucho su paseo por la obra si quiere hallar esas observaciones de prudencia escéptica que el autor alcanzó a albergar entre las líneas de su escrito, pero que no dejó avanzar dentro de su espíritu hasta el punto de influir en el método de su estudio. No de otra laya se explica que a cada instante en este *Romanticismo en la América Hispánica* encontremos nóminas de escritores que el crítico da como representativos de ciertas tendencias y de ciertos gustos, nóminas que culminan con las que hemos copiado al comenzar. Dicho todo esto, el lector tiene derecho a preguntarse qué siente el autor de este artículo acerca del Romanticismo. Pues bien, no tengo ningún empacho para responder.

Creo que el Romanticismo no es un hecho puramente cronológico sino del más elevado orden espiritual, que se presentó en determinadas fechas pero que puede repetirse en otras sucesivas; y que escritores románticos "avant la lettre" pueden darse y sin duda se dan en varios grupos literarios que regularmente no pasan por románticos. Entiendo, en seguida, que este fenómeno literario, el Romanticismo, se registra en algunos países europeos en los años finales del siglo xviii y dentro de la primera mitad del siglo xix, donde reviste ciertos y determinados caracteres. Supongo, además, que no todos los escritores nacidos en ese período pueden ser caratulados como tales románticos, y que para predicarlo de cada uno, es preciso conocer, estudiar y considerar muy detenidamente su obra, a fin de desentrañar en ella los elementos románticos, y que sólo después de tal estudio sería lícito colgar sobre el escritor que resulte acepto, el cartel de ro-

mántico. Presumo, también, que los hechos literarios característicos de la vida hispanoamericana se dan en cierta discronía con los de Europa, y que por consiguiente es razonable que se produzcan en Hispanoamérica escritores románticos no en idéntico tiempo sino años después, y a veces muchos años después, que en los países europeos en donde, como decíamos, se registró el Romanticismo. Sospecho, más adelante, que dados los rasgos propios de la cultura media de los países hispanoamericanos, el Romanticismo bien pudo quedar ignorado de no pocos escritores, y que el mero hecho de haber nacido éstos en el período romántico no basta para teñir sus obras con los colores propios de la escuela. Me imagino, asimismo, que si en Hispanoamérica hubo escritores románticos, por lo menos entre las fechas que da el señor Carilla, lo previsible es que se hayan presentado en cuotas más o menos uniformes para cada país, o en proporción a la masa demográfica, y que sería caso inaudito y extraordinario, por decir lo menos, que en Chile falten rigurosamente escritores románticos en tanto abundan en la República Argentina. Creo, finalmente, que el hecho de ser ésta la patria del señor Carilla no tendría por qué llevarnos a concluir que haya de ser, al propio tiempo, la tierra más abonada para que en ella floreciera con exuberancia la planta romántica.

Los estudios generales y panorámicos sobre la literatura hispanoamericana suelen distinguirse por la aventajada porción que en ellos sus autores conceden a las letras nacionales que mejor conocen, las cuales suelen ser, como es fácil imaginar, las de su propio suelo. Es lícito y previsible, por lo tanto, que el tratadista mexicano dé más nombres de compatriotas suyos, con mejores datos e información más fresca, en la literatura continental que ha escrito, a riesgo de que así se logre una visión un tanto deforme de la cultura americana; y lo que se dice del mexicano entiéndase dicho del colombiano, del peruano, etc. Pero de que esto sea lícito y, sobre todo, previsible, no se sigue que sea equitativo. Podríamos alejarnos algo de la iniquidad si estas obras fuesen escritas en colaboración, de modo que cada especialista nacional fuera responsable de la parte que le corresponde; y si esta solución es imposible, lo recomendable podría ser que el tratadista procurara colocarse más allá de los lazos familiares, nacionales y de campanario, todo ello hasta el extremo de convenir en que también se dan apreciables escritores más allá de las fronteras de su patria. Por dura que sea esta solución para el amor propio nacional, no cabe postular otra.

Esto no significa en grado alguno aceptar que el ser un escritor romántico, según el consenso de sus críticos, acarree una especie de distinción con la cual su obra se coloque por encima de otras. Lo que vale en la tarea literaria es el talento, no la moda transitoria ni, por lo tanto, el cartel que lucubró o aceptó esa moda para que la denominaran los demás. Yo no lamento, pues, en las nóminas que ha compaginado el señor Carilla la ausencia de nombres chilenos porque me parezca cosa de especial nota el que un escritor sea romántico, sino porque me parece estadísticamente improbable que Chile careciese de escritores románticos en los mismos días en que proliferaban en las demás naciones americanas de lengua española naciones sometidas a leyes más o menos parejas de evolución espiritual y, desde luego, literaria. Y además de esta consideración del nivel estadístico, me parece duro suponer que un influjo espiritual que se respiraba en el aire, por decirlo así, no alcanzara también a Chile, tanto más cuanto que en Chile existía amplia tolerancia, porque Chile no era una nación aislada por una dominación despótica que hubiera pretendido cohibir el desarrollo de las almas, sino, todo lo contrario, un país abierto a todos los vientos del espíritu, y tan libre que a él precisamente iban a buscar aires de libertad quienes la veían retaceada o escatimada en sus patrias respectivas. Debe notarse, a propósito, que de los escritores que cita el señor Carilla en la primera generación romántica, vivieron en Chile algunos años los siguientes: Juan María Gutiérrez, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, todos argentinos que habían fugado de su patria, sumergida entonces en el luto de la tiranía rosista. A ellos bien podrían agregarse Juan Bautista Alberdi y Bartolomé Mitre, también argentinos, que en Chile desarrollaron parte de su labor literaria. El señor Carilla no los menciona como escritores románticos representativos, pero aduce más de una vez obras y opiniones de ambos en apoyo de sus teorías y doctrinas.